

Los ministros estaban colocados al rededor de la mesa que debia ser tres meses mas tarde, la plancha de su cadalso.

El rey tenia al delfin á su derecha y al príncipe de Polignac á su izquierda.

El delfin al principio se habia opuesto á las ordenanzas, pero su conviccion se habia, á las primeras palabras del rey, inclinado ante la voluntad de su padre.

El rey interrogó á cada uno de los ministros, uno despues de otro.

Cuando le llegó el turno de responder á M. de Haussez, el ministro de la marina se inclinó.

—Sire, dijo, mi opinion es ahora la misma de ayer. Creo que seria prudente esperar.

—¿Rehusais firmar? dijo Cárlos X.

—Sire, séame permitido dirigir una pregunta al rey.

—Hacedlo, señor.

—¿Y V. M. persistiria en caso de que los ministros se retiraran?

—Si señor, dijo Cárlos X.

M. de Haussez tomó la pluma y firmó.

Despues como miraba al rededor de sí con preocupacion:

—¿Qué buscais? preguntó Cárlos X.

—Sire, respondió M. de Haussez, buscaba si no habria aquí por casualidad algun retrato de Straffort; y salió.

El 26 por la mañana aparecieron las ordenanzas.

Yo habia sacado mi pasaporte para Alger, y debia partir en la misma tarde. Fuí despertado por Aquiles Comte. Entró en mi cuarto con un diario en la mano.

—Leed, me dijo.

—Y leí.

—¡Ah! ¡diablo! dije, ya no me voy, querido amigo.

—¿Y por qué?

—Porque lo que va á pasar en Paris será mas curioso, que lo que pueda pasar en Alger.

CAPÍTULO XXXIX.

EL dia 26 estuvo muy calmado como se recordará.—Creí al principio haberme engañado y haber permanecido ocioso en Paris.

Los periodistas, á quienes la medida atacaba mas particularmente, corrieron á la casa de M. Dupin, mayor; querian saber hasta que punto podian luchar legalmente contra las ordenanzas.

Pedir en semejantes momentos un consejo á M. Dupin, era perder el tiempo. Tambien el ilustre defensor del mariscal Ney, en lugar de dar el consejo pedido, se abstenia de responder: señores, la cámara está disuelta; señores, no soy ya diputado,

Esto fuè lo que con poca diferencia pudieron sacar de las consultas.

M. de Talleyrand habia dado un buen consejo á M. de Rostchild, invitándolo á jugar á la baja. El tres por ciento bajaba de 78 á 72.

En ese dia habia una gran funcion en el Instituto; M. Arago pronunciaba un discurso en elogio de Fresnel. En el momento en que iba á entrar á la sala, un hombre pálido, jadeando, espantado, le detuvo en los corredores.

Era el duque de Ragusa.

—¡Ah! querido mio, exclamó, ¿sabeis lo que pasa?

—Sí, las ordenanzas han aparecido.

—¡Oh! ¡desgraciados, desgraciados! continuó el duque, ¿en que horrible situación me colocan!

—¡A vos! ¿cómo es eso?

—No comprendéis, que me será necesario sacar la espada para sostener lo que detesto?

M. Arago, reflexionó un instante.

En efecto, dijo, es grave; y tengo deseo, vistas las circunstancias, de diferir mi discurso para otro día.

Cuvier intervino: ese gran genio cuyo cerebro se habia desarrollado á espensas del corazón, no fué de la opinion de Arago. Arago cedió, pero encontró el medio de introducir en su discurso dos alusiones, que el auditorio acogió con sombríos aplausos.

Yo me habia ido en casa de Carrel, como al centro de las noticias oficiales. El *Nacional*, como se recordará, habia sido fundado por Hiers, Armant, Carrel y el abate Luis, en el castillo de Rochecotte, es decir en casa de madama Dino y de M. de Talleyrand.

El duque de Orleans era quien habia suministrado el dinero, y pagado, por decirlo así, los meses de nutrición de este gigante, que, quince años mas tarde, debia combatir con él cuerpo á cuerpo, y vencerlo.

Encontré á Carrel desayunándose tranquilamente. No creia en nada absolutamente. A instancias mias se decidió á salir, se puso en sus bolsillos un par de pistolas, y bajó conmigo por el lado de la Bolsa.

Resfriado sin duda por el mal éxito de su negocio de Bèfort y de la Bidassoa, Carrel dudaba en avanzar: él que habia visto tantas gentes permanecer atrás.

Nos paseamos hasta las cinco de la tarde, de la plaza de la Bolsa á la plaza de las Victorias, de la plaza de las Victorias á la punta de San Eustaquio, de la punta de San Eustaquio al Palacio Real.

El día fué si no calmado, al menos inofensivo, y la noche trascurrió sin turbacion aparente.

Se sabe la progresion que siguió el tumulto hasta llegar á ser una revolucion. La protesta de los periodistas, la sentencia de los obreros impresores, la resistencia de M. Baudé defendiendo las puertas de la casa donde se publicaba *El Tiempo*, con un código en la mano; jóvenes que corrian por las calles agitando sus sombreros y gritando: *¡Viva la Carta!* la designacion del duque de Ragusa como comandante de las tropas reales; piedras arrojadas por niños contra los gendarmes en la plaza del Palacio Real; un hombre muerto en la calle del Liceo; otros tres, heridos mortalmente en calle de San Honorato; una barricada comenzada é interrumpida cerca del Teatro Francés; Charras sublevando á la Escuela Politécnica; un cuerpo de guardia incendiado en la calle de la Bolsa; tal es el boletín de esta primera jornada del 27, en que se tentó la insurreccion.

Sin embargo, por poco caracterizada que estuviese esta insurreccion, era suficiente para espantar aun á aquellos mismos que la víspera, eran los mas firmes en aceptar el combate.

—No es una revolucion lo que hemos querido hacer, decia M. de Rémusat en las oficinas del *Globo*, se trataba únicamente de una resistencia legal.

En 1848, M. Odilon Barrot, tambien habia querido hacer una resistencia legal, y se apercibió, como M. de Rémusat, que el objeto se habia pasado cuando los gritos de *¡Viva la República!* sucediéndose á los gritos de *¡Viva la Reforma!* le mostraron hasta donde se habia caminado.

La noche se pasó por parte de la corte en regularizar el ataque; por parte de la oposicion en organizar la resistencia.

Cuando decimos la oposicion, no entendemos esa oposicion de la comedia de los quince años, que una vez hecha la revolucion, se aprovecha de ella. No entendemos á los La Fayette, los Casimiro Périer, los Laffitte, los Benjamin

Constant, los Guizot, los Sébastiani, los Chousiel, los Odilon Barrot; nó, ellos estaban en sus casas, cerradas herméticamente y Charras y Lothou estuvieron en casa de La Fayette, y se les dijo que estaba ausente. Yo mismo me presenté con Estevan Arago y veinte jóvenes en casa de Casimiro Périer, y faltó poco para que se nos recibiese como recibió su mujer á Jorge Dandin. Otros se presentaron en casa de Laffite y no fueron mas dichosos. Por todas partes no era otra la cuestion sino una resistencia legal; se queria protestar, y aun era necesario pesar los términos de la protesta.

No.

Por la oposicion que se formó en la noche del 27 al 28, entiendo la oposicion de esa juventud ardiente del proletarismo, heroica, que aviva el incendio, es verdad, pero que lo estingue con su sangre, y que no se separa sino cuando la obra está concluida; que ve desde la calle á los convidados parásitos admitidos en su lugar en el festin del poder, que promete que otra vez no será así, y que llegada la vez, siempre indolente y desinteresada, despues de haber venido primero como héroes, combaten y mueren como mártires. Los que hicieron la revolucion de 1830 fueron los mismos hombres que por la misma causa, dos años mas tarde, se hicieron matar en Saint-Méry.

Solamente que esta vez, habian cambiado de nombre, y justamente por que no habian cambiado de principios se les llamaba rebeldes.

Solo los renegados de todos los poderes, no son jamas rebeldes á ninguno.

Me acuerdo que, despues de haber tocado inutilmente á la puerta de la casa de Casimiro Périer, entré, con mi fusil en bandolera, al número 216 de la calle de San-Honorato. Allí era donde estaban nuestras oficinas de las que ya yo no hacia parte despues de mi publicacion de Enrique III, que me habia convertido en bibliotecario.

Las oficinas estaban vacias, con poca diferencia: no encontré mas que á M. Ourdart, gefe de la secretaria y secretario particular de Madama la duquesa de Orleans.

Al percibirme retrocedió espantado.

—¿Que diablos haceis aquí? me dijo.

—Busco al duque de Orleans.

—¿Para que?

—Para llamarle Vuestra Magestad.

Ciertamente si la guardia no hubiese estado ocupada en otra cosa, M. Ourdart la habria llamado y me habria puesto en sus manos.

Recibí uua orden espresa y positiva de dejar el número 216, y me apresuré á obedecer esta orden.

En cuanto á los diarios, la *Gazeta*, la *Cuotidiana* y el *Universal* habian aparecido y se habian sometido á las ordenanzas por conviccion. El *Constitucional* y los *Debates* habian aparecido por su lado, y se habian sometido á las ordenanzas por miedo. En fin, el *Tiempo*, el *Nacional* y el *Globo*, protestando, aparecieron, afrontando las leyes nuevas con las que estaban amenazados, y exitando con ardor á la poblacion á la resistencia.

Una cosa estraña y magnífica fué ver esta jornada del día 28. La palabra real borrada de las muestras de los abastecedores; las flores de lis se raspaban, en donde quiera que se encontraban; por todas partes se levantabau barricadas.

Era el epilogo de Waterloo.

Sobre una barricada, con las pinzas en la mano, y en la esquina de la calle de Bac y de la Universidad, fué como hice conocimiento con Bidio.

Hácia la noche á los últimos rayos del Sol, un hombre apareció en la calle de la Escuela, llevando consigo una bandera tricolor.

Imposible es describir el efecto producido por semejante aparicion: era un caso previsto por Beranger; se recordará su cancion de la *Vieja Bandera*; lo que ninguno podia pre-

ver, fué el efecto que produjeron esos tres colores envueltos con los rayos de oro y púrpura de un magnífico sol poniente. Por todas partes se abrazaban, se juraba morir mas bien que renunciar á ese estandarte nacional, que entre nosotros es no solamente una bandera, sino un emblema; sobre todo se lloraba.

A este hombre que llevaba la bandera, se le habria hecho general si lo hubiera querido.

Tanto mas fácil hubiese sido, que los generales, tan numerosos y tan entusiastas el dia 30 y los dias siguientes, eran muy raros el 28 de Julio de 1830 á las siete de la noche.

En la noche cesaron todos los ruidos del dia.

La oposicion aristocrática no habia dado un gran paso, y se encontraba separada por la insurreccion popular.

En la asamblea de los electores en que se encontraba M. Thiers, la cuestión era organizar la sublevacion de las masas. Uno de los miembros de la reunion, exclamó:

“A todos nuestros enemigos es necesario ponerlos fuera de la ley: rey y gendarmes.”

M. Thiers intervino, y con toda su fuerza habia insistido para que se permaneciese en la resistencia legal, y sobre todo en que no se mezclase el nombre del rey en todas estas discusiones, muy incendiarias para que se permaneciese en la medida del respeto debido á la magestad.

Sin embargo, la asamblea de los electores habia sido audaz, comparada con la asamblea de los diputados. M. Sébastiani limitó toda su oposicion á una carta respetuosa al rey. M. Dupin sostuvo que, puesto que no habia diputados, lo mejor que debian hacer los ex-diputados, era no dar señales de existencia: M. Casimiro Perrier, lívido de terror, aconsejó la prudencia, y se lamentaba amargamente de todas esas diputaciones de jóvenes que lo comprometian.

Inútilmente la asamblea de los electores envió á MM. Merilhou y Boulay (de la Meurthe) para decidirlos á una

resolucion cualquiera: nada se pudo obtener, ni una accion ni una palabra generosa del corazon de todos esos hombres; nadie, ni aun los gritos de los jóvenes que llamaban inútilmente á la puerta y que la gendarmería zintareaba en la calle.

Al mismo tiempo, en este mismo dia, los discípulos de la Escuela Politécnica habian ido á llamar á la puerta del hotel Laffitte, que habia permanecido cerrada como la de su colega Casimiro Périer; pero que al menos debia de abrirse al dia siguiente.

Por lo demas, la municipalidad de Petits-Pères habia sido tomada y pertenecia al pueblo. Los obreros impresores se habian reunido y ordenado en el paso del delfinado. M. Audry de Puyraveau habia distribuido fusiles públicamente. El Vaudeville habia dado sus armas y los uniformes militares estrenados en el *Sargento Mateo*, pieza que se habia representado algunos meses antes. El ejército real estaba concentrado al rededor de las Tullerías, mecha en mano, bayoneta calada, y Paris estaba en estado de sitio.

Se hablaba de una discusion muy animada que tuvo lugar en las oficinas del *Globo*, entre M. Cousin y Pedro Leroux, sobre la medida revolucionaria que M. Pedro Leroux queria imprimir á su diario. “Que no habia mas que una bandera que la nacion francesa debiese reconocer, y que era la bandera blanca.”

M. Thiers, se asegura, encontrando que *el horizonte se oscurecia* (estilo parlamentario), habia dejado á Paris y se habia refugiado en Montmorency, en la casa de madama de Courchant.

Felizmente el pueblo no habia contado con estos señores, y no creyó su causa perdida escuchando la opinion del uno y sabiendo la huida del otro.

Por el lado de la Grève se habian batido demasiado: se decia que el Hotel-de-Ville, habia sido tomado y vuelto á tomar tres veces. Durante casi todo el dia, el toque de alarma habia sonado en San-Séverino y en Nuestra Señora.